

La lucha armada latinoamericana en perspectiva (1959-1996)

Eduardo Rey Tristán y Verónica Oikión Solano

Universidad de Santiago de Compostela, España – El Colegio de Michoacán, México
eduardo.rey@usc.es – voikions@gmail.com

El presente artículo revisa el perfil de la historiografía de las luchas revolucionarias latinoamericanas contemporáneas con perspectiva regional. La mera enunciación de la propuesta parece provocar estupor a quien vaya a leerla. Desde 1959 –año del triunfo de la Revolución cubana y punto de partida de este artículo– y hasta hoy se han publicado más de tres mil trabajos sobre la cuestión entre monografías, memorias, entrevistas, testimonios, artículos académicos o actas de congresos, sin contar diferentes formatos de difusión general. La cifra, si bien recoge lo principal de esa producción, es una estimación conservadora, resultado de un trabajo que ha incluido la producción para cada país y la región (Rey, Oikión y Cortina, 2014).

Nuestro objetivo es explicar cómo ha sido esa producción, cuáles son sus rasgos generales más sobresalientes y qué ha aportado y de qué ha carecido. No entramos en detalles y análisis de obras, puesto que la envergadura de la propuesta, el volumen de trabajos y el amplio espectro geográfico abarcado no lo permiten más allá de referencias puntuales. Además, nos interesan los itinerarios y las interpretaciones globales a través de las cuales construir marcos explicativos para esa producción, de modo que podamos identificar momentos, tendencias y corrientes en el interés por la temática; sin descartar a futuro profundizar en el análisis de cada caso por país en particular, cuestión por lo demás relevante para retroalimentar analíticamente nuestra perspectiva regional latinoamericana.

El artículo se estructura en tres partes. La primera reflexiona sobre el objeto de estudio para delimitarlo, dada su complejidad y a la vez por los debates que suscita definir a qué nos referimos cuando hablamos de luchas revolucionarias o de violencia política desde fines de los años 50. Las dos siguientes trazan el perfil de la producción objeto

de estudio atendiendo, por una parte, a una interpretación global de su evolución –tendencias, volumen y objetos de interés acerca de la temática a lo largo del período, incidiendo en lo general más allá de las singularidades de cada caso–; y por otra, a la dimensión regional, esto es, a los estudios que superan el ámbito nacional y abarcan dos o más procesos o tienen vocación latinoamericana, dado que son, en nuestra opinión, la perspectiva de mayor interés a futuro.

Nuestro objeto de estudio

¿Qué entendemos por luchas revolucionarias latinoamericanas contemporáneas? ¿Cuál es el objeto central de nuestro análisis? En este trabajo nos referiremos a aquellos procesos de lucha político-social que se dieron en América Latina a partir de 1959 y hasta los años 90 y cuyo objetivo fue un cambio radical de sus sociedades, una revolución en sentido socialista. Esto implica, por una parte, tomar como punto de partida el triunfo de la Revolución cubana el 1 de enero de 1959, aunque no ella misma. El proyecto del que partió ésta en 1953-1956 no fue exactamente el concretado tras su victoria, como reconoció el propio Che Guevara (2007: 2). Las luchas revolucionarias subsiguientes fueron producto tanto del factor movilizador de aquella revolución triunfante como del ejemplo teórico-práctico proporcionado por ella desde sus primeros momentos.¹

Por otra parte, esta misma definición delimita el período de análisis hasta los años 90 y el cierre de los conflictos de aquel ciclo con la firma de los últimos acuerdos de paz en Centroamérica (El Salvador en 1992 y Guatemala en 1996). Cabría objetar la cuestión peruana o la colombiana, extendidas ambas temporalmente y hasta la actualidad en el segundo caso. No entramos en este debate por cuestión de espacio, pero entendemos que las lógicas que prolongaron esos conflictos fueron más allá de sus motivaciones de partida, en relación con circunstancias locales. Igualmente, no consideramos experiencias surgidas en los 90, como el movimiento neozapatista, dado que no compartieron el criterio de partida –un cambio radical de sus sociedades en sentido socialista–, al igual que muchas otras movilizaciones ocurridas en la región desde los 90, cuyas motivaciones se ciñeron a cuestiones locales y a demandas específicas.

La segunda limitación, por tanto, es de metodología, llevándonos a un terreno complejo y a debates aún no solventados. No siempre el ele-

1. Acerca de las lecturas del proceso revolucionario realizadas por sus líderes desde 1959, en relación con el modelo guerrillero difundido a partir de entonces, véase Lamberg (1979) y Child (1995).

mento definidor de una propuesta de aspiración socialista fue la lucha armada –véase el caso de la Unidad Popular allendista como principal referencia–, ni todos los que la practicaron tuvieron siempre aquellos objetivos. Para representar esto último sirven dos ejemplos en el inicio y en el final del ciclo que proponemos: en 1959 una columna que contó con la participación de Pedro Joaquín Chamorro incursionó en Nicaragua desafiando el régimen somocista. La fórmula escogida fue la clásica e insurreccional heredada de los repertorios de acción, y experimentada tanto en Nicaragua como en otros países (Paraguay o Dominicana de modo coetáneo, por ejemplo) con los mismos resultados negativos. Fue al fin y al cabo la fórmula cubana en 1956 con la singularidad isleña del caso. Por tanto, es claro que no es el repertorio utilizado lo que debe marcar las definiciones que tomemos, sino el carácter político ideológico del proyecto que las respalda. Al final del ciclo el neozapatismo irrumpió con despliegue discursivo en la opinión pública con una propuesta posmoderna (Cedillo, 2008: 90), lo que nos remitía simbólicamente a las luchas guerrilleras previas; pero los objetivos trazados y el carácter de aquel desafío difieren notoriamente por su distanciamiento en relación con las propuestas maximalistas, de transformación radical, socialista, de la etapa anterior.

En este trabajo nos referiremos a las propuestas enmarcadas en la tercera oleada de violencia política internacional (Rapoport, 2004, 2016), cuyo detonante fue la Revolución cubana, y que concluyó en los 90 con el punto final a las experiencias que aún abanderaban el perfil antes trazado sin que hubiesen aparecido otras nuevas que defendiesen una propuesta similar. Ello no significa que hayan desaparecido insurgencias socio-políticas en la región, o que las que se dan no hayan bebido del ciclo anterior; solamente que corresponden a otro planteamiento y a otra coyuntura histórica. La definición en estos términos del objeto es clave para delimitarlo y analizarlo. De otro modo no sería abarcable epistemológicamente y por tanto no podríamos ofrecer un análisis certero y con conclusiones de interés para el lector.

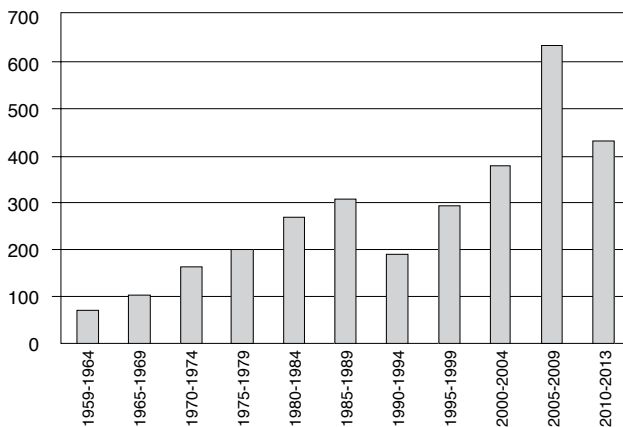
La producción: perfiles, características y evolución

La producción acerca de las organizaciones político militares (OPM) latinoamericanas es abundante. Los más de tres mil títulos registrados en *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996). Repertorio Bibliográfico* (Rey, Oikión y Cortina, 2014) son constancia de ello. Pero a su vez es una producción poco compacta, fragmentada, transitoria, inacabada y con una fuerte dimensión nacional, (Oikión, 2014: 446). Una producción “en construcción”, con diversidades y desequilibrios notorios en función de los casos (OPM), países, coyunturas,

enfoques y contenidos. Tiene un perfil estrechamente vinculado a la dimensión nacional, siendo escasos tanto los estudios comparados entre OPM como aquéllos que apuntan hacia lo global y lo regional del proceso latinoamericano. Y aun atendiendo a la dimensión nacional, encontramos que prima el caso y no perspectivas más amplias que nos ofrezcan visiones de las izquierdas, su evolución, su rol, a partir del análisis de las diferentes OPM que las protagonizaron en cada país.

Este perfil y desequilibrios en la producción en torno al tema tienen relación con el proceso de construcción desde el inicio de la oleada, en 1959. El interés por la trama fue creciente desde entonces (Gráfica 1). Primero, porque la historiografía nació con el triunfo de la Revolución cubana, detonante del ciclo, y no cesó desde entonces y hasta la actualidad; segundo, porque se incrementó con un crecimiento sostenido, con pocos altibajos. Ambas circunstancias responden al interés de una temática que a medida que avanzaban los 60 se convirtió en central en los conflictos socio-políticos de muchos países, que hizo destacar a la región en el contexto internacional, y que sumaba casos en la medida que aparecían nuevos grupos en diferentes países. Su eventual desaparición no implicó necesariamente la pérdida de interés en ellos; al contrario, más bien supuso la publicación de trabajos sobre aquellas experiencias, mientras que el constante crecimiento de OPM de la oleada despertaba preguntas relativas a su carácter a escala regional.

**Gráfica 1. Evolución de la producción por lustros
(Rey, Oikión y Cortina, 2014)**



La gráfica 1 refleja la evolución creciente de la producción en torno al tema: constante en su crecimiento hasta el primer lustro de los 90,

con un breve retroceso entonces, y un incremento sustancial desde fines de esa década hasta la actualidad.² La lectura de esa evolución y de sus alteraciones en diferentes momentos permite comprender la evolución global de los productos y sus hitos significativos. La combinaremos con nuestra interpretación del perfil de esa producción a partir de los estudios específicos ya realizados (Oikión, Rey y López, 2014; Rey, Oikión y Cortina, 2014).

El interés por los movimientos armados en la región tuvo un crecimiento diferenciado si atendemos a los materiales que buscaron satisfacerlo. Inicialmente se trató sobre todo de medios de comunicación en función de su papel informativo y formativo de una opinión pública. Cuba fue el detonante y la primera experiencia que destapó el interés público e incidió en la construcción de un modelo comunicativo en relación con los casos que nos ocupan (Calvo, 2014). Durante los 60 aparecieron proyectos en diferentes países, reflejados en el protagonismo adquirido por publicaciones periódicas, con un perfil de debate político vinculado a la nueva izquierda (*Punto Final* o *New Left Review*, entre otras). Desde entonces hubo una producción específica que buscó explicar la aparición y el desarrollo de muchas OPM a lo largo y ancho del continente (Guatemala, México, Perú, Uruguay, Venezuela). Las obras periodísticas, testimoniales y ensayísticas ofrecieron respuestas al interés por los sucesos insurreccionales y las experiencias coetáneas.

Este perfil periodístico y testimonial de la producción, con apoyo de lo ensayístico, fue dominante en líneas generales hasta los 80, como respuesta más inmediata al surgimiento, evolución y, según los casos, declive de las OPM. A partir de esa década se advierte un cambio de ciclo. Por una parte, la oleada pierde fuerza, patente en el hecho de que muchas organizaciones fueron desarticuladas, y el ritmo de aparición de otras nuevas era claramente decreciente.³ Por otra, la apertura democrática iniciada en el Cono Sur a mediados de los 80 puso fin a las involuciones anteriores; y al tiempo que cerraba el ciclo de movilización revolucionaria, daba pie a una nueva fase en la producción caracterizada por la recuperación tanto de testimonios como de memorias. Éstas,

2. Los datos utilizados están actualizados hasta finales de 2013. Los de 2014, dada la tendencia, casi equipararían las dos últimas barras y no alterarían nuestra interpretación.

3. Como ha señalado Rapoport (2004), las oleadas de violencia política se mantienen en la medida que son capaces de generar nuevas organizaciones que enarbolan la defensa de sus objetivos y características fundamentales. Lo crucial no es la longevidad de las organizaciones, sino su reemplazo, reflejo de la fuerza movilizadora continuada de sus ideas.

sumadas a trabajos periodísticos y algunos ensayos de interés, fueron características del auge editorial hasta 1990.⁴

La producción, con un crecimiento constante, sufrió una caída en los primeros años 90. Hasta ese momento no había picos de decrecimiento, pero sí a la inversa, explicados puntualmente por el auge e interés despertado por algunas OPM –caso de los Tupamaros uruguayos, sobre los que se publicaron una decena de títulos entre 1970 y 1972– o por procesos triunfantes –caso del Frente Sandinista de Liberación Nacional (1979), que generó una abundante historiografía a lo largo de los 80 y hasta la pérdida del poder de los sandinistas–. A este último acontecimiento, que significó un descenso en la producción sobre Nicaragua, podemos sumar el declive del interés por las luchas de los 60 y 70 en el Cono Sur, protagonistas en la segunda mitad de los 80. Con la nueva década, una vez saciado el interés por la etapa anterior gracias a la previa producción testimonial y memorial, el interés se orientó más a la consolidación democrática.

México es otro ejemplo de cómo, a partir de la represión focalizada en los grupos armados y de la aplicación de la reforma política de 1977 que conllevó la amnistía, se fue suprimiendo, aunque no exterminando totalmente, el accionar de las OPM a lo largo de los años 80 y esto se refleja en la baja de la producción testimonial durante esa década. No fue sino hasta la segunda mitad de los 90 que el estado latente de la guerrilla abrió de nuevo su recurrencia, y aunado a factores de cierta apertura democrática inyectó bríos a la producción historiográfica.

Por último, los conflictos cerrados en los 90 en Centroamérica –El Salvador y Guatemala– tuvieron fórmulas de resolución y transición (con protagonismo de acuerdos de paz firmados por las antiguas organizaciones) que no motivaron una mirada acerca de las trayectorias militantes y sus luchas. Posiblemente por las continuidades del proceso y por los intereses de los actores –más preocupados en su inserción político-partidaria que en su pasado militante– la producción en los 90 fue limitada, y no despegó, tanto en lo testimonial y memorial como en lo académico, hasta una década más tarde (Martín y Sprenkels, 2014).

Durante la segunda mitad de los 90 de modo tímido, y abiertamente desde el cambio de siglo, la producción en torno a la temática vive un auge creciente respecto a la etapa anterior.⁵ Ese “boom” ya no está vinculado a un perfil testimonial, memorial, periodístico o ensayístico,

4. Dado que no es posible citar la amplia producción de esta fase, y cualquier selección sería arbitraria, remitimos al citado *Repertorio bibliográfico* (Rey, Oikión y Cortina, 2014) para la consulta de la producción, así como de aquella a la que se refieren los siguientes párrafos y siempre que no se citen trabajos específicos en función de la narrativa propuesta.

5. El *Repertorio bibliográfico* muestra que para algo más de 3.000 títulos en todo el

como en épocas anteriores. Sin que desaparezca la producción en estos términos, el mayor volumen es realizado por historiadores y otros científicos sociales.

No cabe duda que influye el fin de la oleada. Y no porque la violencia política deje de ser protagonista, aunque sí en su formulación de herencia sesentista. Se trata de la representación del cambio generacional. Rapoport, al teorizar acerca de la finalización de las oleadas de violencia, advierte de su perfil generacional; es decir, que aquello que moviliza a una generación –la lectura del mundo realizada en función de sus circunstancias, ideología y época– probablemente no movilizará a la siguiente, cuyo universo inevitablemente habrá sufrido transformaciones y por tanto generará sus propias lecturas, formas de militancia y objetivos de lucha, así como proyectos de resolución a futuro.

Y al igual que las oleadas tienen un carácter generacional y a partir de algún momento pierden capacidad para reproducirse, entendemos que el interés por su conocimiento, tiene también un perfil similar. Es en cierto modo la generación de los nietos, o quizás los hijos según las casuísticas, los países y la distancia no tanto temporal como generacional con los hechos, la que en América Latina busque, por medio de investigaciones académicas –pero no solo–, el conocimiento de un pasado que va más allá de la militancia y sus secuelas, la memoria y el testimonio. Una fórmula, en definitiva, de transitar por un modelo de recuperación de la memoria diverso y a través de otras formulaciones y metodologías.⁶

Las inquietudes de una nueva generación no vinculada con los acontecimientos, la participación de militantes reconvertidos académicamente, o trabajando desde perspectivas analíticas que superan lo memorial o testimonial,⁷ el interés de académicos externos a la región y a los hechos, entre otros factores, son relevantes en las nuevas investigaciones en torno a las experiencias revolucionarias entre los 60 y los 90, y hacen que las cifras de producción despeguen notoriamente desde el cambio de siglo. Prevalece la producción académica y analítica en diversas modalidades y con diferentes enfoques, perdiendo notoriedad la producción anterior: testimonial, memorial, ensayística y periodística.

período, más de 1.700 se editaron después de 1995, frente a 1.250 en la etapa anterior (Rey, Oikión y Cortina, 2014).

6. El silencio y el olvido son utilizados por regímenes autoritarios y dictatoriales para edificar narrativas oficiales que desvanecen los periodos de lucha armada, y con ello se difumina y se encubre la represión y el terror al que fueron sometidos militantes y comunidades enteras. A la fecha, en América Latina, se promueven luchas memorísticas contrahegemónicas en resistencia para dar voz y rostro a las víctimas de crímenes de lesa humanidad en contextos de justicia transicional.

7. Ejemplos son los trabajos de Juárez (2014), Condés Lara (2007-2009) o Castañeda (2006).

En cuanto a ésta última, sin duda la relevancia de la izquierda en el presente siglo –en la cual juegan un papel protagónico entre otros antiguos militantes de organizaciones armadas, caso de José Mujica, Dilma Rousseff o Salvador Sánchez Cerén– mantiene un interés editorial en torno a sus historias de vida y, por extensión, a las de otros destacados miembros de las OPM.⁸ También hubo un incremento en la opinión pública por indagar acerca de temáticas manifiestamente dejadas al olvido.

La dimensión latinoamericana

La producción en torno a la dimensión regional latinoamericana es minoritaria tanto en términos absolutos como en relación con los estudios ceñidos al ámbito nacional. En el global de datos incorporados al *Repertorio bibliográfico* que nos sirve de referencia, sólo localizamos medio centenar de títulos, y únicamente la mitad son relevantes.

A pesar de ello, es importante dedicar un espacio a su visibilidad y análisis por su importancia intrínseca para comprender la producción sobre las luchas en América Latina desde 1959. Primero, porque esta dimensión es clave para la comprensión de los procesos nacionales y de los casos particulares, e implica el reconocimiento de que estos últimos no son experiencias aisladas, sino parte de una oleada de movilización que tuvo su inicio y su final, así como características mínimas compartidas por todas las OPM encuadrables en ella; y segundo, porque es una de las líneas de trabajo más promisorias, tanto por el vacío existente ante lo limitado de la producción comparada, como porque el extenso desarrollo de estudios de caso nacionales ya nos permite profundizar en aspectos más amplios contando con una importante masa crítica de información, análisis y testimonios. Cabría añadir que el desarrollo de las ciencias sociales y los estudios históricos en la región en los últimos años, y su creciente diálogo, permiten incorporar herramientas teóricas y analíticas innovadoras a futuro.

En cuanto a contenidos, esta producción muestra dos tendencias: una de carácter cuantitativo, representada por obras que en realidad acumulan casos o información sobre experiencias nacionales; otra de mayor interés cualitativo, aquellos trabajos con un ejercicio realmente comparado y que proponen una reflexión sobre las luchas revoluciona-

8. Memorias personales, vía entrevista o similares, las tenemos por ejemplo en Uruguay con José Mujica (Campodónico, 1999) o en El Salvador con Sánchez Cerén (Sánchez, 2008). Sin olvidar a las mujeres como un contingente importante en la configuración de las guerrillas, cuyo estudio está cobrando mayor relieve, reflejado en la publicación de memorias y testimonios, ejemplo Aguilar Terrés (2014), lo que repercute favorablemente para revertir su repetida invisibilidad de género.

rias en la región, ya sea través de dos casos o bien con mayor diversidad buscando elementos interpretativos más amplios.

Conocimiento por acumulación de casos

Este perfil se explica, tanto en su carácter interno como en la limitada atención recibida en general, por el corsé de lo nacional a lo largo de las últimas décadas, tanto en la temática que nos ocupa como en general en la historiografía latinoamericana. La necesidad de conocimiento básico de los casos que forman parte del conjunto fue condición indispensable para el salto a comparaciones e interpretaciones de mayor amplitud. Por lo que este perfil no se plantea como un demérito sino como una constatación. Y por ello, habiendo avanzado en aquella dimensión, el reto de esta producción a futuro es el salto a la explicación regional y comparada, y el conocimiento del proceso global como la inserción de los casos específicos en el marco de la oleada.

El interés por la comprensión regional de las insurgencias, más allá de las especificidades nacionales, fue temprano. Desde fines de los 60 diferentes autores destacaron el hecho de que ninguno de los casos de la década era único, sino que todos se insertaban en una dinámica regional –y por tanto con elementos compartidos– que merecía ser atendida. No se avanzó en una definición conceptual para proponer una idea específica de ciclo, pero la idea se intuía en el planteamiento de trabajos que desde fines de los 60 difundieron la idea de “la guerrilla latinoamericana”, percepción nítida del carácter regional de la cuestión (Deas, 1968; Petras, 1968; Mercier, 1969; Debray, 1975; Lamberg, 1979).

Este tipo de trabajos no sólo fue en su momento la primera ventana para acercarse a la cuestión de modo amplio, sino que por muchos años fue casi el único que aportó posibilidades de contextualización más allá de los casos de tono particular. Estas obras, en general, partían de la generalización de la “guerrilla” como arma de lucha política en América Latina desde 1959. Su propuesta pasaba por la explicación, más o menos detallada, de los diversos casos desarrollados hasta el momento. Su principal propósito fue informar, de ahí su estructura de acumulación de datos, y sólo en segundo lugar plantear objetivos analíticos, forzosamente generales aun dada la perspectiva temporal.

Su escritura se hizo desde distintas posiciones, académicas a veces, de proximidad ideológica o política en otras. Y su perspectiva tuvo variantes: ya fuese que interpretasen las insurrecciones en el marco histórico latinoamericano; o bien las relacionasen con procesos de violencia política de la época, algo propio de la visión anglosajona, más vinculada con el conocimiento (y en ocasiones el combate) de las modalidades de violencia política (generalizadas bajo la etiqueta de “terrorismo”) que

con la comprensión de su papel en las sociedades latinoamericanas del momento.

Entre las primeras destacan los trabajos de Mercier Vega (1969) y de Lamberg (1979). Ambos siguieron estructuras de análisis y contenidos similares, pero con diferentes casos: Guatemala, Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia, Brasil, Paraguay y Argentina, el primero; y únicamente los cinco primeros el segundo; además, incluyeron documentación de los grupos, siendo ésta la base principal del trabajo de Mercier. Lamberg aporta, en cambio, un análisis sociológico más elaborado, y reflexiones de mayor calado, siendo aun a día de hoy un trabajo relevante.

Un esquema similar tuvieron las obras de Petras (1968), Gott (1971) o Schump (1971). Petras inauguró el tema en la ciencia social norteamericana, analizando los casos de Venezuela, Colombia, Guatemala y Perú en un volumen colectivo que abordaba la región a partir de visiones cercanas a la izquierda y de simpatía hacia su objeto de estudio. Defendió una explicación estructural de la emergencia revolucionaria en la región, restando importancia a la idea central en la izquierda de la época respecto al rol jugado por la influencia cubana. En esta perspectiva coinciden los trabajos de Gott y Schump. La diferencia es que el primero se dedicó en exclusiva a la guerrilla rural, analizando los que consideró focos más relevantes de la década (Guatemala, Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia), mientras que el segundo incorporó las experiencias urbanas brasileña y uruguaya. Gott fue uno de los analistas anglosajones mejor informado sobre las experiencias guerrilleras de la época. Y más allá de que su trabajo muestra franca simpatía hacia los movimientos armados, ofrece reflexiones acertadas sobre el carácter, motivaciones y fracasos de aquellos levantamientos, y sobre las teorías y coyunturas que dieron pie a su desarrollo.

Desde un punto de vista ideológico afin, las dos obras más relevantes son la recopilación encabezada por Bambirra (1972) y los dos tomos de análisis realizados por Debray (1975). La primera coordinó una antología con científicos, políticos y periodistas afines a la temática, con el fin de contribuir al conocimiento y la discusión de los movimientos de los 60: Guatemala, Venezuela, Perú, Uruguay, Brasil y Colombia. Sus enfoques fueron relativamente divergentes en la medida en que unos se orientaron a cuestiones estructurales de la violencia, y otros al relato de las insurrecciones abordadas.

El trabajo de Debray constituyó un hito en la época. Su reflexión en torno al modelo propuesto una década atrás, su aplicación y los resultados obtenidos, fue una autocrítica a su praxis previa, así como a sus vaivenes en la apreciación inicial, intermedia y final acerca de cuestiones como la insurgencia urbana en el Cono Sur. En *La crítica de las armas* (I) revisó conceptos, ideas, limitaciones y debilidades del

modelo; en *Las pruebas del fuego* (II) hizo balance de las experiencias venezolana, uruguaya y guatemalteca, no como simple narración de sus hechos sino como un análisis de sus logros y derrotas a la luz de la teoría guerrillera y de su aplicación por parte de cada uno de los actores en esos países. Su obra es atípica en la producción del período, pero no en mayor medida que lo era su autor por el rol desempeñado en la movilización revolucionaria en la década anterior.

El tipo de obras más o menos generales, de escaso alcance analítico pero rico en información de casos, fue propia de la producción de los 60 y 70. El declive en la movilización revolucionaria en parte del continente desde los 80, así como la pérdida de interés de las ciencias sociales anglosajonas en relación con los argumentos que las habían impulsado hasta esos momentos, parecen haber sido clave para comprender por qué hasta los 90 no se encuentran otras recopilaciones similares. Pero para entonces el volumen analizado se había enriquecido y se aportaban clasificaciones detalladas y con mayor cantidad de información empírica. Destaca el trabajo de Pereyra (1994), una exhaustiva recopilación organizada por períodos y países que aspira a compendiar brevemente todas las experiencias existentes, dedicando sólo un tratamiento algo más exhaustivo a aquellos casos más importantes. Su mérito fue la actualización de informaciones sobre la mayoría de los proyectos surgidos, independientemente de su capacidad y duración, y la recopilación en un volumen, aunque fuese a modo de inventario, de toda esa información.

La perspectiva anglosajona se vinculó, aunque no exclusivamente, a un enfoque donde el principal interés fue el estudio de las formulaciones de la violencia política, y no estrictamente a las luchas revolucionarias latinoamericanas.⁹ La América Latina de los 70 era un estudio de caso más en el marco de los análisis relacionados con las investigaciones sobre terrorismo internacional –sin debatir, por lo general, en torno a las diferencias entre las formas de violencia política representadas por aquél y las experiencias guerrilleras–.

Este enfoque y su elemento motivacional fueron la gran diferencia con la producción citada, puesto que seguían el modelo de acumulación de casos nacionales, aunque prestando también atención a las experiencias urbanas. La mayor parte de las obras no incluyeron trabajo de campo propio, sino que partieron de la bibliografía existente,

9. Radu y Tismaneanu (1990) resumirán más adelante esta idea con claridad: "Latin America is a global laboratory for political violence, with such a puzzling complexity of forms and types of action as to include [...] most of the patterns of political violence that have been used throughout the world in the past two and a half decades. Without an examination of Latin America patterns no adequate analysis of contemporary violence would be either feasible or meaningful".

buscando explicaciones estructurales y, por su frecuente orientación sociológica, reflexionando acerca de la composición social de los grupos y sus motivaciones (Halperin, 1969). Esta producción, ya superada, es testigo de una época y unas formulaciones académicas precisas propias del momento respecto a la comprensión de América Latina. Sus interpretaciones subyacentes las encontraremos con cierta frecuencia en trabajos posteriores, especialmente aquellos con planteamientos más ideologizados respecto de la temática que en no pocas ocasiones se relacionan con instituciones norteamericanas vinculadas a inteligencia (Radu y Tismaneanu, 1990).

Aquellas lógicas, basadas en un interés previo no por América Latina y sus luchas político-sociales, sino por el terrorismo en las sociedades urbanas industrializadas occidentales, explican en parte la atención a las formas de disputa urbana, con diferencias según las intenciones, propuestas, objetivos e ideología de cada autor. El marco fue urbano, blanco, de clase media y con acceso a la educación; algo no distante de aquellos grupos con propuestas similares en Europa occidental o Estados Unidos, y que de hecho fueron sus referentes, como está demostrando investigación reciente si bien con otras lógicas fundamentadas en la comprensión de los procesos de difusión en el marco de la oleada global (Martín y Rey, 2016). Los protagonistas de aquellas querellas se nutrieron de ejemplos previos (Irlanda, Chipre, Israel o Argelia), por lo que se insertaron en otra tradición de movilización mucho más próxima y desafiante para el mundo occidental.

En esta línea destaca Clutterbuck (1973), quien se interesó por las guerrillas urbanas en el marco de un eje de investigación relacionado con la violencia en el mundo occidental y en ámbitos urbanos; así como Moss (1973) o Kohl y Litt (1974), a quienes debemos reconocerles un interés por comprender su objeto de estudio en vez de encajonarlo en una comprensión de la violencia política prefigurada de antemano. Moss, a partir de los casos de Brasil y Uruguay, distinguió entre terrorismo y guerrilla urbana, si bien sólo en relación con el marco dentro del cual se desarrollaban –sociedades industriales occidentales o del tercer mundo–, y fue el primero en analizar el giro de las guerrillas de la década a partir de la muerte de Guevara planteando el cambio de escenario del campo a la ciudad como una fórmula con un nuevo empuje para una movilización que parecía condenada al fracaso en su versión foquista y rural. Su interés radicó en los repertorios de acción, las respuestas desde el poder a este desafío, el papel de Estados Unidos y el discurso justificativo construido por los grupos armados. Kohl y Litt incorporaron además el caso argentino, y compartieron la visión de Moss relativa a la lucha guerrillera urbana como último escalón en la búsqueda del cambio revolucionario en América Latina, posición divergente con la

línea interpretativa próxima al terrorismo habitual en buena parte de las ciencias sociales anglosajonas de la época.

Perspectiva comparada

En propiedad, y salvo excepciones, no podemos hablar de la existencia del enfoque comparado hasta la aparición del ensayo de Waldmann (1983), y que no se vio acompañado por ninguna obra similar hasta que casi una década más tarde se publicó el estudio de Wickham-Crowley (1992). Se trata de las investigaciones comparadas más interesantes hasta la actualidad, a pesar del tiempo transcurrido desde su edición. Sólo en los últimos años (aunque con algún antecedente en los 90) aparecieron artículos con perspectiva regional, aunque no con un perfil estrictamente comparado sino centrados en la comprensión de la oleada revolucionaria latinoamericana posterior a 1959.

Waldmann reflexionó sobre las movilizaciones revolucionarias en un trabajo que no ha perdido actualidad. Su propuesta va más allá de un estudio comparado entre OPM y aporta una reflexión a partir de cuatro casos (Argentina, Uruguay, Guatemala y Nicaragua) acerca del carácter de los movimientos revolucionarios y los que entendía deberían ser elementos centrales para su estudio tanto desde la perspectiva del caso como de la regional. Su investigación detecta las limitaciones de la bibliografía existente en su momento, problemas que todavía hoy no han sido superados, como el predominio de los estudios de caso centrados en la descripción exhaustiva de los detalles organizativos, ideológicos y de las acciones de los grupos, muchas veces a un nivel micro descontextualizados; las restricciones frente a los estudios genéricos sobre la violencia desde el ámbito académico anglosajón; con un hueco entre ambos tipos que, de satisfacerse, podría superar la descripción detallada, comprender los casos en sus contextos y sociedades nacionales y regionales, y ofrecer posibilidades de comparación con otros casos y países del área.

Waldmann propone tópicos centrales de estudio cuya importancia han confirmado las investigaciones en las siguientes décadas; aporta ideas que hoy en día se están redescubriendo y comenzando a pensar como elementos clave para la investigación sobre el tema: la cuestión generacional, la comprensión global de los casos en su época y sociedad, su interpretación como parte de un proceso nacional al tiempo que regional tanto en lo político-ideológico como en lo social, el rol desempeñado por los grupos sociales en los que potencialmente las OPM encuentran apoyos, los detonantes movilizados para ciertos sectores socio-políticos, la necesidad de considerar los regímenes que enfrentan los grupos revolucionarios, su respuesta a los desafíos, su relación con

Estados Unidos y el papel que los apoyos o su ausencia puede jugar en la resolución del conflicto o en su legitimidad política, y la importancia de los apoyos mayoritarios de cara al triunfo del proyecto revolucionario.

Esta propuesta de análisis tuvo continuidad –si bien de manera autónoma– en el trabajo de Wickham-Crowley una década después. Éste es el principal estudio comparado sobre los movimientos revolucionarios latinoamericanos, aunque no cubre todo el ciclo. Contempla únicamente dos fases: una primera entre 1959 y 1970, de carácter foquista y rural; y una segunda desde 1970 hasta 1992, también de carácter rural. Excluye a los grupos urbanos (y con ello todo el ciclo en el Cono Sur) a partir de criterios basados en clave militar y de capacidad (y forma) de enfrentamiento con fuerzas regulares.

Su análisis incide en los distintos grados de desarrollo y saldos positivos de cada una de las organizaciones y casos analizados, así como en sus variables explicativas; de ahí construye una interpretación acerca de las condiciones que debería cumplir un movimiento revolucionario para su victoria, y por tanto elabora una explicación razonada acerca de por qué fueron posibles los triunfos cubano y nicaragüense y no otros. Las variables clave que propone Wickham-Crowley giran en torno al rol del apoyo campesino y a la fortaleza militar de las organizaciones, ambas necesarias pero no suficientes para explicar la victoria o el fracaso de las OPM. A ello suma el tipo de régimen enfrentado, el carácter de la oposición que lo desafía, la capacidad revolucionaria para presentarse como un contra poder, y el rol jugado por los apoyos exteriores en favor o en contra de los diversos actores. Concluye que sólo cuando se dieron las circunstancias propicias, como en Cuba y Nicaragua, fue posible la caída de las dictaduras.

Sin duda a nivel comparado e interpretativo el trabajo de Wickham-Crowley es el más relevante. Sigue siendo revelador no sólo para la interpretación regional, sino para el análisis de los casos de muchos países. Pero tiene limitaciones al excluir las propuestas urbanas, y circunscribir su análisis a la insurgencia rural y no a la comprensión de la movilización revolucionaria en la región durante toda la oleada.

En los últimos años no contamos con nuevos trabajos comparados. Las líneas actuales que rebasan los estudios de caso son resultado de un avance maduro de los análisis tanto nacionales como regionales y, en consecuencia, realizan planteamientos interpretativos más profundos para superar las limitaciones señaladas. Un precedente es el breve ensayo de G. Gaspar (1997), con el interés de debatir acerca de la tipificación de los movimientos de la oleada revolucionaria. La cuestión ya había sido tratada por los principales autores de los 70 (Lamberg, 1979) o 90 (Pereyra, 1994). Gaspar la supera tanto al incluir la década de los 80 y las experiencias centroamericanas, como porque argumenta

su esquema y la inclusión de los casos, lo que va más allá de una mera relación y clasificación a partir de una noción interpretativa. Su análisis contiene ideas subyacentes que le permiten estar presente en debates más recientes sobre el tema. Éstos tendrán su punto de partida en la sugerente obra de Bartoletti (2011), quien parte del problema ya señalado: una abundante historiografía sobre los movimientos armados con predominio de los estudios de caso, que si bien son en muchas ocasiones de gran riqueza interpretativa y empírica, “suelen carecer de referencias comparativas que orienten al lector respecto a la especificidad del caso e identificar tendencias y problemáticas semejantes”. Bartoletti destaca que las escasas obras generales son interpretativas pero empíricamente débiles y en ocasiones poco sustentables. La autora compara trabajos generales y periodizaciones para poner de manifiesto la disparidad entre las propuestas existentes, la falta de criterios compartidos a la hora de definir fases y casos (de cara a la elaboración de una tipología general compartida y definitiva), y cómo –frente a lo que pretendían mostrar muchos estudios– las mismas diferencias entre éstos resaltan que no podemos entender la evolución de las luchas revolucionarias como la búsqueda y construcción de un modelo organizativo triunfante a partir de la experiencia acumulada.

En este último aspecto, Bartoletti critica la proposición de Wickham-Crowley, porque entre las variables que identifica para la toma del poder de los grupos revolucionarios, le resultan irrelevantes su ideología y su intencionalidad, centrándose en cambio en factores externos a ellos.¹⁰ Señala así lo problemático que resulta intentar construir interpretaciones generales a partir de la exclusión de los grupos urbanos. Y pone de manifiesto cómo algunos trabajos avanzaron desde fines de los 90 en una enunciación alternativa y más prometedoras al destacar la relevancia de las organizaciones pero no en función de su adecuación a ningún modelo ideal, sino en su contexto específico.

Wickham-Crowley por su parte ha vuelto a abordar el tema (2014), reflexionando sobre la periodización y las características del movimiento revolucionario latinoamericano después de 1959 y sobre los ejes explicativos para su interpretación. No modificó su visión de dos ciclos de movilización revolucionaria ni su idea de exclusión de las experiencias urbanas. Pero enfatizó las claves comprensivas del auge, caracterización y final de cada etapa, poniendo el centro de su atención en el concepto

10. La crítica de Bartoletti pone de manifiesto que, a pesar del importante avance que supuso el trabajo de Wickham-Crowley, no se desembarazó de un elemento que desde los 80 criticaba Waldmann a los estudios anglosajones sobre la violencia: su poca atención a las concepciones de los combatientes y la tendencia a interpretaciones basadas en datos agregados en donde las voluntades personales rara vez están presentes.

“difusión cultural” para comprender los diferentes perfiles de cada uno de ellos. En el primero, desde 1959 y a lo largo de los 60, el meollo sería la difusión del modelo y ejemplo cubano y su repertorio táctico mediante la formación de nuevos aspirantes revolucionarios, y desde 1963, tras la publicación de la versión teorizada del modelo. El fin del ciclo se daría no tanto por la muerte de Guevara sino por la pérdida del apoyo cubano a los movimientos foquistas, con algunos factores menores.

El diseño analítico de difusión cultural de los 60 no es válido, a su parecer, para la siguiente etapa. Ya no es el repertorio de acción heredado de la revolución cubana el centro del análisis, sino la difusión de otros elementos culturales que, en conjunto con otras decisiones políticas y organizativas, daría lugar a una nueva estrategia de acumulación de fuerzas y patrón de acción muy diversa a la anterior. Cuba pasaba a ser irrelevante como elemento detonante de las nuevas insurgencias y serían otras las referencias estratégicas predominantes, especialmente Vietnam. Y ganaría peso el análisis de las circunstancias locales para la toma de decisiones sobre estrategia y modelo organizativo, punto de interés en las reflexiones más recientes de Wickham-Crowley.

Los escritos de Wickham-Crowley han sido discutidos por Martín y Rey (2012), quienes parten de las inquietudes ya señaladas en relación con el carácter de la producción y sus limitaciones. A partir de ahí reflexionan sobre las bases de una nueva línea para avanzar en las investigaciones, con tres elementos centrales: a) una más eficaz acotación del objeto de estudio tanto en lo temporal como en relación a la definición del tipo de experiencias a considerar; b) un debate en torno a la periodización de ese objeto de estudio, tanto en general como en cada una de las fases establecidas, partiendo de la idea de que si todas las experiencias son partes de un todo, es primordial “entender qué es ese todo, distinguir sus partes, el papel de éstas en el conjunto así como las relaciones entre ellas y entre cada una y el conjunto”, con lo que se fundamenta la presencia de los casos a analizar y se dota de unos marcos mínimos para la ubicación de éstos de cara a estudios comparados o regionales futuros; y c) una reflexión acerca de aportes especializados en violencia política, movilización social y revolucionaria, estimadas como de especial interés teórico para su incorporación a nuevos estudios de caso, como son el enfoque generacional y, de modo secundario, la política contenciosa. Ello redundaría en la superación de otra de las limitaciones respecto a la falta de diálogo porque los trabajos de caso no comparten referencias comparativas ni perspectivas para superar su especificidad, con el interés de avanzar en el análisis de problemáticas comunes a escala regional.

Consideraciones finales

Si bien en este trabajo hemos puesto el foco de atención en la dimensión regional y en su interés como línea de investigación más promisoría, ello no significa una desvalorización de los trabajos de caso, o que no se consideren oportunos a futuro. Sin duda, éstos seguirán siendo siempre centro y referencia para el avance de la perspectiva regional. Son los que nos proporcionan la información básica necesaria para avanzar en una escala más amplia, y ha sido la acumulación de conocimiento que aportaron durante años la clave para la comprensión y el debate regional sobre el tema, como ya se ha señalado. Además, todavía queda mucho por avanzar en la perspectiva micro, con diferencia según los países, organizaciones y el tratamiento o atención recibida hasta ahora. Por último, ese enfoque debemos relacionarlo necesariamente con una escala que podríamos denominar “meso”, absolutamente necesaria y muy escasa hasta la actualidad.

Nos referimos con ello a estudios que aborden la cuestión a escala nacional, que no sólo se centren en casos u organizaciones individuales, sino que den un salto más allá e intenten reflexionar sobre las tendencias, ideas y luchas revolucionarias para cada país en el período analizado; más allá de los diferentes perfiles y filiaciones de las organizaciones protagonistas. Partimos, por tanto, de la idea de que las OPM existentes en cada país –más allá incluso de su nivel de desarrollo, consolidación o de la importancia del desafío planteado– son reflejo de unas determinadas posiciones político-ideológicas, de unas propuestas organizativas y de actividad específicas, y están relacionadas con el ciclo global de la época, la oleada, así como con la difusión, recepción, elaboración y comprensión de unas ideas determinadas en el marco de ésta.

Es por tanto a partir de estas escalas micro y meso que comprendemos la escala macro, regional por una parte pero global por otra, por cuanto nos referimos al proceso como oleada, que afecta tanto a América Latina como a Estados Unidos y Europa, entre otros. Y esta comprensión del objeto de estudio está estrechamente relacionada en todos sus niveles, de ahí que no haya una disociación ni una negación de lo micro en la atención que este trabajo ha prestado a lo macro.

Se trata, en nuestra opinión, de comenzar a pensar los trabajos de caso con perspectivas que permitan su inserción en debates más amplios, tanto a escala nacional como regional o internacional. Estudios que no adopten perspectivas y modelos analíticos que se agoten en sí mismos y consideren sus objetos de estudio centro y fin de todo análisis sobre la cuestión. Ésta ha sido la posición adoptada en ocasiones, generando estudios de gran riqueza en cuanto a evidencia empírica acerca del caso, pero con poca capacidad de dialogar con otros casos o

de insertarse en debates más amplios ante la carencia de perspectivas o bien teóricas o bien metodológicas que facilitasen ese salto.

Retomamos entonces algunas de las ideas propuestas por Waldmann desde los 80 y ya citadas en las páginas previas, en cuanto a la necesidad de pensar los estudios de caso a partir de variables e ideas centrales que nos permitan a su vez avanzar en la perspectiva regional y comparada. En definitiva, hablamos de un proceso global, que afectó a todo el continente, con bases políticas e ideológicas comunes, con un notorio componente generacional, y en donde los diversos actores, más allá de sus diferencias se reconocían como parte de un todo. Corresponde por tanto estudiarlo como tal por una parte, y repensar los análisis micro y meso a partir de perspectivas que puedan retroalimentarse con y en los estudios globales por otra.

Bibliografía

- Aguilar Terrés, María de la Luz (comp.) (2014), *Guerrilleras*, México: Ed. 5 de Febrero.
- Bambirra, Vania *et al.* (1972), *Diez años de insurrección en América Latina*, Santiago de Chile: Ediciones Prensa Latinoamericana.
- Bartoletti, Julieta (2011), “Organizaciones armadas revolucionarias latinoamericanas: problemas y propuestas de análisis”, *Pilquen*, v. 14, año XIII.
- Calvo González, Patricia (2014), “La Sierra Maestra en las rotativas. El papel de la dimensión pública en la etapa insurreccional cubana (1953-1958)”, Tesis de doctorado en Historia, Universidad de Santiago de Compostela.
- Campodónico, Miguel Ángel (1999), *Mujica*, Montevideo: Fin de Siglo.
- Castañeda, Salvador (2006), *La negación del número (La guerrilla en México, 1965-1996. Una aproximación crítica)*, México: Conaculta-Ediciones Sin Nombre.
- Cedillo, Adela (2008), *El fuego y el silencio. Historia de las Fuerzas de Liberación Nacional*, México: Comité 68 Pro Libertades Democráticas.
- Child, M.D. (1995), “An historical critique of the emergence and evolution of Ernesto Che Guevara’s Foco Theory”, *Journal of Latin American Studies* 27: 3, octubre, pp. 593-624.
- Clutterbuck, Richard (1973), *Protest and the Urban Guerrilla*, Londres: Cassell & Co.
- Condés Lara, Enrique (2007-2009), *Represión y rebelión en México (1959-1985)*, México: Miguel Ángel Porrúa.
- Deas, Malcolm (1968), “Guerrillas in Latin America. A perspective”, *The World Today*, 24: 2, Royal Institute of International Affairs, febrero, pp. 72-78.
- Debray, Régis (1975), *La crítica de las armas*, México: Siglo XXI, 2 vols.
- Gaspar, Gabriel (1997), *Guerrillas en América Latina*, Santiago (Chile): Flacso.
- Gott, Richard (1971), *Las guerrillas en América Latina*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

- Guevara, Ernesto (2007), *Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana*, Bogotá: Ocean Sur.
- Halperin, Ernst (1969), *The National Liberation Movements in Latin America*, Cambridge: Center for International Studies, MIT.
- Juárez Ávila, Jorge (coord.) (2014), *Historia y debates sobre el conflicto armado salvadoreño y sus secuelas*, San Salvador: Universidad de El Salvador-Fundación F. Ebert.
- Kohl, James y John Litt (1974), *Urban Guerrilla Warfare in Latin America*, Cambridge: The MIT Press.
- Lamberg, Robert F. (1979), *La guerrilla en América Latina*, Madrid: Mediterráneo.
- Martín Álvarez, Alberto y Eduardo Rey Tristán (2012), “La oleada revolucionaria latinoamericana contemporánea, 1959-1996. Definición, caracterización y algunas claves para su análisis”, *Naveg@américa*, 9, Asociación Española de Americanistas.
- (2016), *Revolutionary Violence and the New Left. Transnational Perspectives*, Nueva York: Routledge (en prensa).
- Martín Álvarez, Alberto y Ralph Sprenkels (2014), “La izquierda revolucionaria salvadoreña. Balance historiográfico y perspectivas de investigación”, en Verónica Oikión Solano, Eduardo Rey Tristán y Martín López Ávalos, (eds.) (2014), ob. cit., pp. 211-239.
- Mercier Vega, Luis (1969), *Las guerrillas en América Latina. La técnica del contra estado*, Buenos Aires: Paidós.
- Moss, Robert (1973), *La guerrilla urbana*, Madrid: Editora Nacional.
- Oikión Solano, Verónica, Eduardo Rey Tristán y Martín López Ávalos (eds.) (2014), *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996). Estado de la cuestión*, Zamora-Santiago de Compostela: El Colegio de Michoacán-Universidad de Santiago de Compostela.
- Oikión Solano, Verónica (2014), “Conclusiones generales”, en Verónica Oikión Solano, Eduardo Rey Tristán y Martín López Ávalos (eds.), ob. cit., pp. 443-453.
- Pereyra, Daniel (1994), *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*, Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Petras, James (1968), “Revolution and Guerrilla Movements in L.A. Venezuela, Colombia, Guatemala and Peru”, en James Petras y Maurice Zeithin (eds.), *Latin America. Reform or Revolution? A reader*, Greenwich: Fawcett Publications, pp. 329-369.
- Radu, Michael y Vladimir Tismaneanu (1990), *Latin American Revolutionaries: Groups, Goals and Methods*, Washington: Pergamon-Brassey's International Defense.
- Rapoport, David C. (2004), “Modern Terror: The Four Waves”, en Audrey K. Cronin y J.M. Ludes (eds.), *Attacking Terrorism: Elements of a Grand Strategy*, Washington: Georgetown University Press, pp. 46-73.
- (2016), “Reflections on the Third or New Left Wave: 17 Years Later”, en Alberto Martín Álvarez y Eduardo Rey Tristán (eds.), ob. cit. (en prensa).

- Rey Tristán, Eduardo, Verónica Oikión Solano y Eudald Cortina Orero (2014), *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996). Repertorio bibliográfico*, Zamora-Santiago de Compostela: El Colegio de Michoacán-Universidad de Santiago, CD-Rom.
- Sánchez Cerén, Salvador (2008), *Con sueños se escribe la vida. Autobiografía de un revolucionario salvadoreño*. México: Ocean Sur.
- Schump, Walter (1971), *Las guerrillas en América Latina. El principio del fin*, Buenos Aires: Punto Crítico.
- Waldmann, Peter (1983), "Observaciones comparativas con respecto a los movimientos guerrilleros en la Argentina, Guatemala, Nicaragua y Uruguay", en P. Waldmann, *Ensayos sobre política y sociedad en América Latina*, Barcelona: Alfa, pp. 157-188.
- Wickham-Crowley, Timothy (1992), *Guerrillas and Revolution in Latin America. A comparative study of insurgents and regimes since 1956*, Princeton: Princeton University Press.
- (2014), "Two Waves of Guerrilla Movement Organizing in Latin America". *Comparative Studies in Society and History*, 56 (1), pp. 215–242.

* * *

Título: Latin American armed struggle in perspective

Resumen: Este artículo revisa el perfil de la historiografía de las luchas revolucionarias latinoamericanas contemporáneas con perspectiva regional. Su objetivo es explicar el perfil de esa producción, sus rasgos generales más sobresalientes, sus aportes y carencias. Se centra sobre todo en los itinerarios y las interpretaciones globales a través de las cuales construir marcos explicativos para esa producción, a fin de identificar momentos, tendencias y corrientes en el interés por la temática. Y concluye haciendo referencia a las líneas de investigación que se estiman más promisorias en la perspectiva regional abordada.

Palabras clave: luchas revolucionarias armadas – violencia política – América Latina – dimensión regional

Abstract: This article reviews the profile of the historiography of Latin American contemporary revolutionary struggles with regional perspective. It aims to explain the profile of this production, its most outstanding general features, their contributions and shortcomings. It focuses mainly on the itineraries and global interpretations through which to build explanatory frameworks for this production, in order to identify moments, trends and currents in the interest in the topic. It concludes by referring to the lines of research that are considered most promising in the regional perspective addressed.

Key words: revolutionary struggles – politic violence – Latin America – regional dimension

Recepción: 2 de mayo de 2016. **Aprobación:** 31 de julio de 2016.